

Los problemas de la ganadería de selección

Los datos ofrecidos el pasado diez de marzo por la Subdirección General de Medios de Producción a las asociaciones de ganado selecto confirman en 1994 la tendencia alcista en el número de animales inscritos en los libros genealógicos experimentada en los últimos años.

Es ésta, sin duda, una buena noticia para el sector y un motivo de satisfacción para el conjunto de las asociaciones que ven como su labor es positivamente valorada por los ganaderos.

A pesar de ello, no creemos que sea momento para echar las campanas al vuelo cuando un gran número de asociaciones pasan por apuros financieros que hacen peligrar su propia supervivencia.

Como bien saben nuestros ganaderos, la gestión de los libros genealógicos da derecho a estas asociaciones a percibir una subvención del MAPA que, en muchos casos, representa un capítulo fundamental de sus ingresos.

Sin embargo, y a pesar del creciente interés del sector ganadero por la selección, la Administración del Estado restringe, desde 1982, cada año, la aportación real por estos conceptos, dado que no se han actualizado los baremos desde esa fecha, lo que supone casi un 90% de pérdida si consideramos la inflación acumulada durante estos trece años.

De otra parte, los retrasos en la confirmación de las subvenciones concedidas y la laxitud en los plazos para percibir las mantiene a estas asociaciones en un permanente estado de incertidumbre a la vez que les ocasiona grandes gastos financieros.

Creemos, pues, que ya es hora de que se tomen en serio los problemas de la ganadería de selección y se actualicen, tanto los baremos, como la forma de aplicarlos a las realidades de los libros genealógicos.

¡Ya basta! de marear a una perdiz que está tocada del ala. ■ Víctor López Palomo. Presidente de Feagas.

Presidir la Unión Europea

Si se preguntara a los agricultores españoles sobre su actual opinión respecto a nuestra presencia en la Unión Europea, probablemente no encontraríamos con un fondo de pesimismo, pero con dos actitudes claramente diferenciadas. Una, mayoritaria, muy quejosa del trato que nuestra agricultura recibe "en" Bruselas. Otra, menos pesimista y con un cierto grado de satisfacción por las ayudas y subvenciones que recibe "de" Bruselas. Y ambas con compatibles.

La primera está más relacionada con los agricultores y ganaderos cuya renta se forma a partir del precio que reciben por sus productos y, naturalmente, por la competencia que éstos tienen aquí, en el mercado nacional, y las posibilidades que tienen de llegar al resto de los países miembros, sin ser molestados ni destruidos en el trayecto y pudiendo competir allí lealmente. Son los productores de agrios, hortalizas, frutas, leche, carne de porcino, vino, remolacha, algodón, etc., que creen en el mercado único. Son los que se orientan por el mercado y se la juegan en el mercado.

La segunda opinión nacería de aquellos que han visto cómo nuestro ingreso en la CEE y el cambio de la PAC les llenaba de ayudas y subvenciones, lo que les hacía despreocuparse un tanto del mercado para fijar su nivel de vida o de rentas agrarias en función de dichas ayudas. Son los "cultivadores de la ayuda". Son muchos de nuestros productores de cereales, girasol, frutos secos, ovino, aceite de oliva, carne de vacuno, etc. Son los que se orientan y se la juegan en los Reglamentos de la UE.

Y, pese a todo, incluso estos últimos también muestran sus quejas respecto a la actitud comunitaria. Muchas veces por las dudas que mantienen sobre el tiempo que durarán ta-

les ayudas, lo que crea la incertidumbre de qué sucederá cuando aquéllas falten y éstos, también, tengan que defender sus precios y rentas sólo en un mercado altamente competitivo para el cual no están especialmente dotados, y por eso precisamente reciben las ayudas.

La suma de ambas actitudes muestra un panorama, hoy, poco afín con la UE y menos aún con la forma en que el Gobierno negocia y ha negociado los intereses agrarios vitales de España en Bruselas. Y aquí es donde se une la historia de la década con el presente inmediato de la presidencia española. Si nuestros negociadores fueran capaces de volar más alto y de aprovechar esta presidencia para marcar rumbos acordes con nuestros intereses agrarios (y pesqueros), para orientar políticas, para renegociar lacras lacerantes que todavía se mantienen (la cuota láctea, por ejemplo), para ofrecer una alternativa española favorable a la agricultura mediterránea, etc., mucho se habría avanzado en el camino futuro.

Algunos opinan que España, con nuestro ingreso en la CEE, dejó de ser "diferente". Pero lo peor es que parece como si España o el Gobierno fuera "indiferente" hacia su agricultura y ganadería, como si no nos importara que en estos últimos diez años 3/4 de millón de agricultores hayan abandonado el campo y que hoy las rentas agrarias estén construidas sobre subvenciones, configurándose así una agricultura de "jóvenes pensionistas".

Deseeamos a nuestros negociadores en este semestre de presidencia española todos los aciertos para que hagan y obtengan lo mejor para la agricultura española. ■ Jaime Lamo de Espinosa (Director de la revista de Edagricole España, Vida Rural).